

# SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

## SOBRE EL RESPETO HUMANO

*Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Bienaventurado el que no tomare escándalo en mí.

(S. Mat., XI. 6.)

Nada más glorioso y honorífico para un cristiano, H. M., que el llevar el nombre sublime de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo. Pero, al propio tiempo, nada más infame que avergonzarse de ostentarlo cada vez que se presenta ocasión para ello. No, H. M., no nos maraville el ver a hombres hipócritas, que fingen en cuanto pueden un exterior de piedad para captarse la estimación y las alabanzas de los demás, mientras que su pobre corazón se halla devorado por los más infames pecados. Quisieran, estos ciegos, gozar de los honores inseparables de la virtud, sin tomarse la molestia de practicarla. Pero maravíllenos aún menos el ver a otros, buenos cristianos, ocultar, en cuanto pueden, sus buenas obras a los ojos del mundo, temerosos de que la vanagloria se insinúe en su corazón y de que los vanos aplausos de los hombres les hagan perder el mérito y la recompensa de ellas. Pero ¿dónde encontrar, H. M., cobardía más criminal y abominación más detestable que la de nosotros, que, profesando creer en Jesucristo, estando obligados por los más sagrados juramentos a seguir sus huellas, a defender sus intereses y su gloria, aun a expensas de nuestra misma vida, somos tan viles, que, a la primera ocasión, violamos las prome-

sas que le hemos hecho en las sagradas fuentes bautismales? ¡Ah, desdichados! ¿qué hacemos? ¿Quién es Aquel de quien renegamos? ¡Ay! Abandonamos a nuestro Dios, a nuestro Salvador, para quedar esclavos del demonio, que nos engaña y no busca otra cosa que nuestra ruina y nuestra eterna infelicidad. ¡Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno! Para mejor haceros ver su bajeza, os mostraré: 1.º Cuánto ofende a Dios el respeto humano, es decir, la vergüenza de hacer el bien; 2.º cuán débil y mezquino de espíritu manifiesta ser el que lo comete.

I. — No nos ocupemos, H. M., de aquella primera clase de impíos que emplean su tiempo, su ciencia y su miserable vida en destruir, si pudieran, nuestra santa religión. Estos desgraciados parecen no vivir sino para hacer nulos los sufrimientos, los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo. Han empleado, unos su fuerza, otros su ciencia, para quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo edificó su Iglesia. Pero ellos son los que, insensatos, van a estrellarse contra esta piedra de la Iglesia, que es nuestra santa religión, la cual subsistirá a despecho de todos sus esfuerzos.

En efecto, H. M., ¿en qué vino a parar toda la furia de los perseguidores de la Iglesia, de los Nerones, de los Maximianos, de los Dioclecianos, de tantos otros que creyeron hacerla desaparecer de la tierra con la fuerza de sus armas? Sucedió todo lo contrario: la sangre de tantos mártires, como dice Tertuliano, sólo sirvió para hacer florecer más que nunca la religión; aquella sangre parecía una simiente de cristianos, que producía el ciento por uno. ¡Desgraciados! ¿qué os ha hecho esta hermosa y santa religión, para que así la persigáis, cuando sólo ella puede hacer al hombre dichoso aquí en la tierra? ¡Ay! ¡cómo lloran y gimen ahora en los infiernos, donde conocen claramente que

esta religión, contra la cual se desenfrenaron, los hubiera llevado al Paraíso ! Pero ¡ vanos e inútiles lamentos !

Mirad igualmente a esos otros impíos que hicieron cuanto estuvo en su mano por destruir nuestra santa religión con sus escritos, un Voltaire, un Juan-Jacobo Rousseau, un Diderot, un D'Alembert, un Volney y tantos otros, que se pasaron la vida no más que en vomitar con sus escritos cuanto podía inspirarles el demonio. ¡ Ay ! mucho mal hicieron, es verdad ; muchas almas perdieron, arrastrándolas consigo al infierno ; pero no pudieron destruir la religión como pensaban. Lejos de quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo ha edificado su Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, se estrellaron contra ella. ¿ Dónde están ahora estos desdichados impíos ? ¡ Ay ! en el infierno, donde lloran su desgracia y la de todos aquellos que consigo arrastraron.

Nada digamos tampoco, H. M., de otra clase de impíos que, sin manifestarse abiertamente enemigos de la religión, de la cual conservan todavía algunas prácticas externas, se permiten, no obstante, ciertas chanzas, por ejemplo sobre la virtud o la piedad de aquellos a quienes no se sienten con ánimos de imitar. Dime, amigo, ¿ qué te ha hecho esa religión que heredaste de tus antepasados, que ellos tan fielmente practicaron delante de tus ojos, de la cual tantas veces te dijeron que sólo ella puede hacer la felicidad del hombre en la tierra, y que, abandonándola, no podíamos menos de ser infelices ? ¿ Y a dónde piensas que te conducirán, amigo, tus *ribetes* de impiedad ? ¡ Ay, pobre amigo ! al infierno, para llorar en él tu ceguera.

Tampoco diremos nada de esos cristianos que no son tales más que de nombre ; que practican su deber de cristianos de un modo tan miserable, que hay para morir de compasión. Los veréis que hacen sus oraciones con fastidio, disipados, sin respeto. Los veréis en la iglesia sin devoción ; la santa Misa comienza siempre

para ellos demasiado pronto y acaba demasiado tarde ; no ha bajado aún el sacerdote del altar, y ellos están ya en la calle. De frecuencia de Sacramentos, no hablemos ; si alguna vez se acercan a recibirlos, su aire de indiferencia va pregonando que absolutamente no saben lo que hacen. Todo lo que atañe al servicio de Dios lo practican con un tedio espantoso. ¡ Buen Dios ! ¡ qué de almas perdidas por una eternidad ! ¡ Dios mío ! ¡ cuán pequeño ha de ser el número de los que entran en el reino de los cielos, cuando tan pocos hacen lo que deben por merecerlo !

Pero ¿ dónde están — me diréis — los que se hacen culpables de respeto humano ? Atendedme un instante, H. M., y vais a saberlo. Por de pronto os diré con San Bernardo que por cualquier lado que se mire el respeto humano, que es la vergüenza de cumplir los deberes de la religión por causa del mundo, todo muestra en él menosprecio de Dios y de sus gracias y ceguera del alma. Digo, en primer lugar, H. M., que la vergüenza de practicar el bien, por miedo al desprecio y a las mofas de algunos desdichados impíos o de algunos ignorantes, es un asombroso menosprecio que hacemos de la presencia de Dios, ante el cual estamos siempre y que en el mismo instante podría lanzarnos al infierno. ¿ Y por qué motivo, H. M., esos malos cristianos se mofan de vosotros y ridiculizan vuestra devoción ? ¡ Ah, H. M. ! yo os la diré la verdadera causa : es que, no teniendo virtud para hacer lo que hacéis vosotros, os guardan inquina, porque con vuestra conducta despertáis los remordimientos de su conciencia ; pero estad bien seguros de que su corazón, lejos de despreciaros, os profesan grande estima. Si tienen necesidad de un buen consejo o de alcanzar de Dios alguna gracia, no creáis que acudan a los que se portan como ellos, sino a aquellos mismos de los cuales se burlaron, por lo menos de palabra. ¿ Te avergüenzas, amigo, de servir a Dios,

por temor de verte despreciado? Mira a Aquel que murió en esta cruz; pregúntale si se avergonzó El de verse despreciado, y de morir de la manera más humillante en aquel infame patíbulo. ¡ Ah, qué ingratos somos para con Dios, que parece hallar su gloria en hacer publicar de siglo en siglo que nos ha escogido por hijos suyos! ¡ Oh Dios mío! ¡ qué ciego y despreciable es el hombre que teme un miserable *qué dirán*, y no teme ofender a un Dios tan bueno! Digo, además, que el respeto humano nos hace despreciar todas las gracias que el Señor nos mereció con su muerte y pasión. Sí, H. M., por el respeto humano inutilizamos todas las gracias que Dios nos había destinado para salvarnos. ¡ Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno!

En segundo lugar, digo que el respeto humano encierra la ceguera más deplorable. ¡ Ay! no paramos atención en lo que perdemos. ¡ Ah, H. M.! ¡ qué desgracia para nosotros! perdemos a Dios, al cual ninguna cosa podrá jamás reemplazar. Perdemos el cielo, con todos sus bienes y delicias. Pero hay aún otra desgracia, y es que tomamos al demonio por padre y al infierno con todos sus tormentos por nuestra herencia y recompensa. Trocamos nuestras dulzuras y goces eternos en penas y lágrimas. ¡ Ay! amigo, ¿ en qué piensas? ¡ Cómo tendrás que arrepentirte por toda la eternidad! ¡ Oh, Dios mío! ¿ podemos pensar en ello y vivir todavía esclavos del mundo?

Es verdad — me diréis — que quien por temor al mundo no cumple sus deberes de religión es bien desgraciado, puesto que nos dice el Señor que a quien se avergonzare de servirle delante de los hombres, no querrá El reconocerle delante de su Padre el día del juicio (1). Dios mío! temer al mundo; ¿ y por qué? sa-

(1) Qui negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est (S. Mat., X, 33).

biendo como sabemos que absolutamente es fuerza ser despreciado del mundo para agradar a Dios. Si temías al mundo, no debías haberte hecho cristiano. Sabías bien que en las sagradas fuentes del bautismo hacías juramento en presencia del mismo Jesucristo; que renunciabas al mundo y al demonio; que te obligabas a seguir a Jesucristo llevando su cruz, cubierto de oprobios y desprecios. ¿Temes al mundo? Pues bien, renuncia a tu bautismo, y entrégate a ese mundo, al cual tanto temes desagradar.

Pero ¿cuándo es — me diréis — que obramos nosotros por respeto humano? Escucha bien, amigo mío. Es un día en que, estando en la feria, o en una posada donde se come carne en día prohibido, se te invita a comerla también; y tú, contentándote con bajar los ojos y ruborizarte, en vez de decir que eres cristiano y que tu religión te lo prohíbe, la comes como los demás, diciendo: Si no hago como ellos, se burlarán de mí. — ¿Se burlarán de ti, amigo? ¡Ah! tienes razón; ¡es una verdadera lástima! — ¡Oh! es que haría aun mucho más mal, siendo causa de todos los disparates que dirían contra la religión, que el que hago comiendo carne. — Conque ¿harías aún más mal? ¿Te parece bien que los mártires, por temor de las blasfemias y juramentos de sus perseguidores, hubiesen renunciado todos a su religión? Si otros obran mal, tanto peor para ellos. ¡Ah! di más bien: ¿no hay bastante con que otros desgraciados crucifiquen a Jesús con su mala conducta, para que también tú te juntes a ellos para dar más que sufrir a Jesucristo? ¿Temes que se mofen de ti? ¡Ah, desdichado! mira a Jesucristo en la cruz, y verás cuánto por ti ha hecho.

Conque ¿no sabes tú cuándo niegas a Jesucristo? Es un día en que, estando en compañía de dos o tres personas, parece que se te han caído las manos, o que no sabes hacer la señal de la cruz, y miras si

tienen los ojos fijos en ti, y te contentas con decir tu bendición y acción de gracias en la mesa mentalmente, o te retiras a un rincón para decirlas. Es cuando, al pasar delante de una cruz, te haces el distraído, o dices que no fué por nosotros que Dios murió en ella.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que, hallándote en una tertulia donde se dicen obscenidades contra la santa virtud de la pureza o contra la religión, no tienes valor para reprender a los que así hablan, antes al contrario, por temor a sus burlas, te sonríes. — Es que no hay — dices — otro remedio, si no quiero ser objeto de continua mofa. — ¿Temes que se mofen de ti? Por este mismo temor negó San Pedro al divino Maestro; pero el temor no le libró de cometer con ello un gran pecado, que lloró luego toda su vida.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que el Señor te inspira el pensamiento de ir a confesarte, y sientes que tienes necesidad de ello, pero piensas que se chancarán de ti y te tratarán de devoto. Es cuando te viene el pensamiento de ir a oír la santa Misa entre semana, y nada te impide ir; pero te dices a ti mismo que se burlarían de ti y que dirían: Esto es bueno para el que nada tiene que hacer, para los que viven de su renta.

¡Cuántas veces este maldito respeto humano te ha impedido asistir al catecismo y a la oración de la tarde! ¡Cuántas veces, estando en tu casa, ocupado en algunas oraciones o lecturas de piedad, te has escondido por disimulo, al ver que alguien llegaba! ¡Cuántas veces el respeto humano te ha hecho quebrantar la ley del ayuno o de la abstinencia, por no atreverte a decir que ayunabas o comías de vigilia! ¡Cuántas veces no te has atrevido a decir el *Angelus* delante de la gente, o te has contentado con decirlo para ti, o has salido del local donde estabas con otros para decirlo fuera!

¡ Cuántas veces has omitido las oraciones de la mañana o de la noche por hallarte con otros que no las hacían ; y todo esto por el temor de que se burlasen de ti ! Anda, pobre esclavo del mundo, aguarda el infierno donde serás precipitado ; no te faltará allí tiempo para echar en falta el bien que el mundo te ha impedido practicar.

¡ Oh, buen Dios ! ¡ qué triste vida lleva el que quiere agradar al mundo y a Dios ! No, amigo, te engañas. Fuera de que vivirás siempre infeliz, no has de conseguir nunca complacer a Dios y al mundo ; es cosa tan imposible como poner fin a la eternidad. Oye un consejo que voy a darte, y serás menos desgraciado : entregate enteramente o a Dios o al mundo ; no busques ni sigas más que a un amo ; pero una vez escogido, no le dejes ya. ¿ Acaso no recuerdas lo que te dice Jesucristo en el Evangelio : No puedes servir a Dios y al mundo, es decir, no puedes seguir al mundo con sus placeres y a Jesucristo con su cruz ? No es que te falten trazas para ser, ora de Dios, ora del mundo. Digámoslo con más claridad : es lástima que tu conciencia, que tu corazón no te consientan frecuentar por la mañana la sagrada mesa y el baile por la tarde ; pasar una parte del día en la iglesia y otra parte en la taberna o en el juego ; hablar un rato del buen Dios y otro rato de obscenidades o de calumnias contra tu prójimo ; hacer hoy un favor a tu vecino y mañana un agravio ; en una palabra, ser bueno y portarte bien y hablar de Dios en compañía de los buenos, y obrar el mal en compañía de los malvados.

¡ Ay, H. M. ! que la compañía de los perversos nos lleva a obrar mal. ¡ Qué de pecados no evitaríamos siuviésemos la dicha de apartarnos de la gente sin religión ! Refiere San Agustín que muchas veces, hallándose entre personas perversas, sentía vergüenza de no igualarlas en maldad, y, para no ser tenido en menos, se gloriaba aun del mal que no había cometido.

¡ Pobre ciego ! ¡ cuán digno eres de lástima ! ¡ qué triste vida !... ¡ Ah, maldito respeto humano ! ¡ qué de almas arrastras al infierno ! ¡ de cuántos crímenes eres tú la causa ! ¡ Ah, cuán culpable es el desprecio de las gracias que Dios nos quiere conceder para salvarnos ! ¡ Ay ! cuántos y cuántos han comenzado el camino de su reprobación por el respeto humano, porque, a medida que iban despreciando las gracias que les concedía Dios, la fe se iba amortiguando en su alma ; y poco a poco iban sintiendo menos la gravedad del pecado, la pérdida del cielo, las ofensas que pecando hacían a Dios. Así acabaron por caer en una completa parálisis, es decir, por no darse ya cuenta del infeliz estado de su alma ; se durmieron en el pecado y la mayor parte murieron en él.

En el sagrado Evangelio leemos que Jesucristo en sus misiones colmaba de toda suerte de gracias los lugares por donde pasaba. Ahora era un ciego, a quien devolvía la vista ; luego un sordo, a quien tornaba el oído ; aquí un leproso, a quien curaba de su lepra ; más allá un difunto, a quien restituía la vida. Con todo, vemos que eran muy pocos los que publicaban los beneficios que acababan de recibir. ¿ Y por qué esto, H. M. ? Es que temían a los judíos ; porque no se podía ser amigo de los judíos y de Jesús. Y así, cuando se hallaban al lado de Jesús, le reconocían ; pero, cuando se hallaban con los judíos, parecían aprobarlos con su silencio. He aquí precisamente lo que nosotros hacemos : cuando nos hallamos solos, al reflexionar sobre todos los beneficios que hemos recibido del Señor, no podemos menos de testificarle nuestro reconocimiento por haber nacido cristianos, por haber sido confirmados ; mas cuando estamos con los libertinos, parecemos compartir sus sentimientos, aplaudiendo con nuestras sonrisas o nuestro silencio sus impiedades. ¡ Oh, qué indigna preferencia, exclama San Máximo !

¡ Ah, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno ! ¡ Qué tormento no pasará, H. M., una persona que así quiere vivir y agradar a dos contrarios ! Tenemos de ello un elocuente ejemplo en el Evangelio. Leemos allí que el rey Herodes se había enredado en un amor criminal con Herodíades. Tenía esta infame cortesana una hija, que danzó delante de él con tanta gracia que le prometió el rey cuanto le pidiera, aunque fuera la mitad de su reino. Guardóse bien la desdichada de pedírsela, porque no era bastante ; fuése a encontrar a su madre para tomar consejo sobre lo que debía pedir al rey, y la madre, más infame que su hija, presentándole una bandeja, la dijo : « Ve y pide que te mande poner en este plato la cabeza de Juan el Bautista, para traérmela ». Era esto en venganza de haberle echado en cara el Bautista su mala vida. Quedóse el rey sobrecogido de espanto ante esta demanda ; pues, por una parte, él apreciaba a San Juan Bautista, y le pesaba la muerte de un hombre tan digno de vivir. ¿ Qué iba a hacer ? ¿ qué partido iba a tomar ? ¡ Ah ! maldito respeto humano ¿ a qué te decidirás ? Herodes no quisiera decretar la muerte del Bautista ; pero, por otra parte, teme que se burlen de él, porque, siendo rey, no mantiene su palabra. Ve, dice por fin el desdichado a uno de los verdugos, ve y corta la cabeza de Juan el Bautista ; prefiero dejar que grite mi conciencia a que se burlen de mí. Pero ¡ qué horror ! al aparecer la cabeza en la sala, los ojos y la boca, aunque cerrados, parecían reprocharle su crimen y amenazarle con los más terribles castigos. Ante su vista, Herodes palidece y se estremece. ¡ Ay ! que el que se deja guiar por el respeto humano es bien digno de lástima.

Es verdad que el respeto humano no nos impide hacer algunas buenas obras. Pero ¡ cuántas veces, en las mismas buenas obras, nos hace perder el mérito ! ¡ Cuántas buenas obras, que no haríamos si no espe-

ráramos ser por ellas alabados y estimados del mundo !  
¡ Cuántos no vienen a la iglesia más que por respeto humano, pensando que, desde el momento en que una persona no practica ya la religión, por lo menos exteriormente, no se tiene confianza en ella, pues, como suele decirse : ¡ donde no hay religión, no hay tampoco conciencia ! ¡ Cuántas madres que parecen tener mucho cuidado de sus hijos, lo hacen sólo por ser estimadas a los ojos del mundo ! ¡ Cuántos, que se reconcilian con sus enemigos sólo por no perder la estima de la gente ! ¡ Cuántos, que no serían tan correctos, si no supiesen que en ello les va la alabanza mundana ! ¡ Cuántos, que son más reservados en su hablar y más modestos en la iglesia a causa del mundo ! ¡ Oh ! maldito respeto humano, qué de buenas obras echas a perder, que a tantos cristianos conducirían al cielo, y no hacen sino empujarlos al infierno !

Pero — me diréis — es que es muy difícil evitar que el mundo se entrometa en todo lo que uno hace. ¿ Y qué, H. M. ? No hemos de esperar nuestra recompensa del mundo, sino de sólo Dios. Si se me alaba, sé bien que no lo merezco, porque soy pecador ; si se me desprecia, nada hay en ello de extraordinario, tratándose de un pecador como yo, que tantas veces ha despreciado con sus pecados al Señor ; muchos más merecería. Por otra parte, ¿ no nos ha dicho Jesucristo : Bienaventurados los que serán despreciados y perseguidos ? Y ¿ quiénes son los que os desprecian ? ¡ Ay ! algunos infelices pecadores, que, no teniendo el valor de hacer lo que vosotros hacéis, para disimular su vergüenza quisieran que obrarais como ellos ; algún pobre ciego que, bien lejos de despreciaros, debiera pasarse la vida llorando su infelicidad. Sus burlas os demuestran cuán dignos son de lástima y de compasión. Son como una persona que ha perdido el juicio, que corre por las selvas, se arrastra por tierra o se arroja a los

precipicios, gritando a los demás que hagan lo mismo ; grite cuanto quiera, la dejáis hacer, y os compadecéis de ella, porque no conoce su desgracia. De la misma manera, H. M., dejemos a esos pobres desdichados que griten y se mofen de los buenos cristianos ; dejemos a esos insensatos en su demencia ; dejemos a esos ciegos en sus tinieblas ; escuchemos los gritos y aullidos de los réprobos ; pero nada temamos, sigamos nuestro camino ; el mal se lo hacen a sí mismos y no a nosotros ; compadezcámoslos, y no nos separemos de nuestra línea de conducta.

¿Sabéis por qué se burlan de vosotros ? Porque ven que les tenéis miedo y que por la menor cosa os sonrojáis. No es de vuestra piedad de lo que ellos hacen burla, sino de vuestra inconstancia, y de vuestra flojedad en seguir a vuestro capitán. Tomad ejemplo de los mundanos ; mirad con qué audacia siguen ellos al suyo. ¿No les veis cómo hacen gala de ser libertinos, bebedores, astutos, vengativos ? Mirad a un impúdico ; ¿se avergüenza acaso de vomitar sus obscenidades delante de la gente ? ¿Y por qué esto, H. M. ? Porque los mundanos se ven constreñidos a seguir a su amo, que es el mundo ; no piensan ni se ocupan más que en agradarle ; por más sufrimientos que les cueste, nada es capaz de detenerlos. Ved aquí, H. M., lo que haríais también vosotros, si quisierais en este punto imitarlos. No temeríais al mundo ni al demonio ; no buscaríais ni querríais más que lo que pueda agradar a vuestro Señor, que es el mismo Dios. Convenid conmigo en que los mundanos son mucho más constantes en todos los sacrificios que hacen para agradar a su amo, que es el mundo, que nosotros en hacer lo que debemos para agradar a nuestro Señor, que es Dios.

II. — Pero ahora volvamos a empezar de otra manera. Dime, amigo, ¿por qué razón te mofas tú de

los que hacen profesión de piedad, o, para que lo entiendas mejor, de los que gastan más tiempo que tú en la oración, de los que frecuentan más a menudo que tú los Sacramentos, de los que huyen los aplausos del mundo? Una de tres, H. M. : o es que consideráis a estas personas como hipócritas, o es que os burláis de la piedad misma, o es, en fin, que os causa enojos ver que ellos valen más que vosotros.

1.º Para tratarlos de hipócritas sería preciso que hubierais leído en su corazón, y estuviéseris plenamente convencidos de que toda su devoción es falsa. Pues bien, H. M., ¿no parece natural, cuando vemos a una persona hacer alguna buena obra, pensar que su corazón es bueno y sincero? Siendo así, ved cuán ridículos resultan vuestro lenguaje y vuestros juicios. Veis en vuestro vecino un exterior bueno, y decís o pensáis que su interior no vale nada. Os muestran un fruto bueno ; indudablemente, pensáis, el árbol que lo lleva es de buena calidad, y formáis buen juicio de él. En cambio, tratándose de juzgar a las personas de bien, decís todo lo contrario : el fruto es bueno, pero el árbol que lo lleva no vale nada. No, H. M., no, no sois tan ciegos ni tan insensatos para disparatar de esta manera.

2.º Digo, en segundo lugar, que os burláis de la piedad misma. Pero me engaño ; nos os burláis de tal persona porque sus oraciones son largas o frecuentes y hechas con reverencia. No, no es por esto, porque también vosotros oráis (por lo menos, si no lo hacéis, faltáis a uno de vuestros primeros deberes). ¿Es acaso porque ella frecuenta los Sacramentos? Pero tampoco vosotros habéis pasado el tiempo de vuestra vida sin acercaros a los santos Sacramentos ; se os ha visto en el tribunal de la penitencia, se os ha visto llegaros a la sagrada mesa. No despreciáis, pues, a tal persona porque cumple mejor que vosotros sus deberes de religión, estando perfectamente convencidos del peligro en que

estamos de perdernos, y, por consiguiente, de la necesidad que tenemos de recurrir a menudo a la oración y a los Sacramentos para perseverar en la gracia del Señor, y sabiendo que después de este mundo ningún recurso queda : bien o mal, fuerza será permanecer en la suerte que, al salir de él, nos quepa por toda la eternidad.

3.º No, H. M., nada de esto es lo que nos enoja en la persona de nuestro vecino. Es que, no teniendo el valor de imitarle, no quisiéramos sufrir la vergüenza de nuestra flojedad ; antes quisiéramos arrastrarle a seguir nuestros desórdenes y nuestra vida indiferente. ¿Cuántas veces nos permitimos decir : para qué sirven tanta mojigatería, tanto estarse en la iglesia, ma-  
drugar tanto para ir a ella, y otras cosas por el estilo ? ¡ Ah, H. M. ! es que la vida de las personas seriamente piadosas es la condenación de nuestra vida floja e indiferente. Bien fácil es comprender que su humildad y el desprecio que ellas hacen de sí mismas condena nuestra vida orgullosa, que nada sabe sufrir, que quisiera la estimación y alabanza de todos. No hay duda de que su dulzura y su bondad para con todos abochor-  
na nuestros arrebatos y nuestra cólera ; es cosa cierta que su modestia, su circunspección en toda su conducta, condena nuestra vida mundana y llena de escándalos. ¿No es realmente esto solo lo que nos molesta en la persona de nuestros prójimos ? ¿No es esto lo que nos enfada cuando oímos hablar bien de los demás y publicar sus buenas acciones ? Sí, no cabe duda de que su devoción, su respeto a la iglesia nos condena, y contrasta con nuestra vida toda disipada y con nuestra indiferencia por nuestra salvación. De la misma manera que nos sentimos naturalmente inclinados a excusar en los demás los defectos que hay en nosotros mismos, somos propensos a desaprobar en ellos las virtudes que no tenemos el valor de practicar. Así lo es-

tamos viendo todos los días. Un libertino se alegra de hallar otro libertino que le aplauda en sus desórdenes; lejos de disuadirle, le alienta a proseguir en ellos. Un vengativo se complace en la compañía de otro vengativo, para aconsejarse mutuamente, a fin de hallar el medio de vengarse de sus enemigos. Pero poned una persona morigerada en compañía de un libertino, una persona siempre dispuesta a perdonar con otra vengativa; veréis cómo en seguida los malvados se desenfrenan contra los buenos y se les *echan encima*. ¿Y por qué esto, H. M., sino porque, no teniendo la virtud de obrar como ellos, quisieran poder arrastrarlos a su parte, a fin de que la vida santa que éstos llevan no sea una continuada censura de la suya propia? Mas, si queréis comprender la ceguera de los que se mofan de las personas que cumplen mejor que ellos sus deberes de cristianos, escuchadme un momento.

¿Qué pensarías de un pobre que tuviera envidia de un rico, si él no fuese rico sino porque no quiere serlo? No le diríais: amigo, ¿por qué has de decir mal de esta persona a causa de su riqueza? De ti solamente depende ser tan rico como ella, y aun más si quieres. Pues de igual manera, H. M., ¿por qué nos permitimos vituperar a los que llevan una vida más arreglada que la nuestra? Sólo de nosotros depende ser como ellos y aun mejores. El que otros practiquen la religión con más fidelidad que nosotros nos nos impide ser tan honestos y perfectos como ellos, y más todavía, si queremos serlo.

Digo, en tercer lugar, que las gentes sin religión que desprecian a quienes hacen profesión de ella...; pero, me engaño: no es que los desprecien, lo aparentan solamente, pues en su corazón los tienen en grande estima. ¿Queréis una prueba de esto? ¿A quién recurrirá una persona, aunque no tenga piedad, para hallar algún consuelo en sus penas, algún alivio en sus tris-

tezas y dolores? ¿Creéis que irá a buscarlo en otra persona sin religión como ella? No, amigos míos, no. Conoce muy bien que una persona sin religión no puede consolarle, ni darle buenos consejos. Irá a los mismos de quienes antes se burlaba. Harto convencido está de que sólo una persona prudente, honesta y temerosa de Dios puede consolarlo y darle algún alivio en sus penas. ¡Cuántas veces, en efecto, H. M., hallándonos agobiados por la tristeza o por cualquiera otra miseria, hemos acudido a alguna persona prudente y buena y, al cabo de un cuarto de hora de conversación, nos hemos sentido totalmente cambiados y nos hemos retirado diciendo: ¡Qué dichosos son los que aman a Dios y también los que viven a su lado! He aquí que yo me entristecía, no hacía más que llorar, me desesperaba; y, con unos momentos de estar en compañía de esta persona, me he sentido todo consolado. Bien cierto es cuanto ella me ha dicho: que el Señor no ha permitido esto sino por mi bien, y que todos los santos y santas habían pasado penas mayores, y que más vale sufrir en este mundo que en el otro. Y así acabamos por decir: en cuanto se me presente otra pena, no demoraré en acudir a él de nuevo en busca de consuelo. ¡Oh, santa y hermosa religión! ¡cuán dichosos son los que te practican sin reserva, y cuán grandes y preciosos son los consuelos y dulzuras que nos proporcionas...!

Ya veis, pues, H. M., que os burláis de quienes no lo merecen; que debéis, por el contrario, estar infinitamente agradecidos a Dios por tener entre vosotros algunas almas buenas que saben aplacar la cólera del Señor, sin lo cual pronto seríamos aplastados por su justicia. Si lo pensáis bien, una persona que hace bien sus oraciones, que no busca sino agradar a Dios, que se complace en servir al prójimo, que sabe desprenderse aun de lo necesario para ayudarle, que per-

dona de buen grado a los que le hacen alguna injuria, no podéis decir que se porte mal, antes al contrario. Una tal persona no es sino muy digna de ser alabada y estimada de todo el mundo. Sin embargo, a esta persona es a quien criticáis; pero ¿no es verdad que, al hacerlo, no pensáis lo que decís? Ah, es cierto, os dice vuestra conciencia; ella es más dichosa que nosotros. Oye, amigo mío, escúchame, y yo te diré lo que debes hacer: bien lejos de vituperar a esta clase de personas y burlarte de ellas, has de hacer todos los esfuerzos posibles por imitarlas, unirte todas las mañanas a sus oraciones y a todos los actos de piedad que ellas hagan entre día. Pero — diréis — para hacer lo que ellas se necesita violentarse y sacrificarse demasiado. ¡Cuesta mucho trabajo!... No tanto como queréis vosotros suponer, H. M. ¿Tanto cuesta hacer bien las oraciones de la mañana y de la noche? ¿Tan dificultoso es escuchar la palabra de Dios con respeto, pidiendo al Señor la gracia de aprovecharse? ¿Tanto se necesita para no salir de la iglesia durante las instrucciones? ¿para abstenerse de trabajar el domingo? ¿para no comer carne en los días prohibidos y despreciar a los mundanos empeñados en perderse?

Si es que teméis que os llegue a faltar el valor, dirigid vuestros ojos a la cruz donde murió Jesucristo, y veréis cómo no os faltará aliento. Mirad a esas muchedumbres de mártires, que sufrieron dolores que no podéis comprender vosotros, por el temor de perder sus almas. ¿Os parece que se arrepienten ahora de haber despreciado el mundo y el *qué dirán*?

Concluyamos, H. M., diciendo: ¡Cuán pocas son las personas que verdaderamente sirven a Dios! Unos tratan de destruir la religión, si fuese posible, con la fuerza de sus armas, como los reyes y emperadores paganos; otros con sus escritos impíos quisieran deshonorarla y destruirla si pudiesen; otros se mofan de ella

---

en los que la practican ; otros, en fin, sienten deseos de practicarla, pero tienen miedo de hacerlo delante del mundo. ¡ Ay, H. M. ! ¡ qué pequeño es el número de los que andan por el camino del cielo, pues sólo se cuentan en él los que continua y valerosamente combaten al demonio y sus sugerencias, y desprecian al mundo con todas sus burlas ! Puesto que esperamos nuestra recompensa y nuestra felicidad de sólo Dios, ¿ por qué, H. M., amar al mundo, habiendo prometido con juramento aborrecerlo y despreciarlo para no seguir más que a Jesucristo, llevando nuestra cruz todos los días de nuestra vida ? Dichoso, H. M., aquel que no busca sino sólo a Dios y desprecia todo lo restante. Esta es la dicha...